

## The red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937. Reiner Tosstorff (1920)

The red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937.  
Reiner Tosstorff (1920)

*Arturo Zoffmann Rodríguez*

Instituto Universitario Europeo

Florença

✉arturo.zoffmann@eui.eu

Rebut: 20/01/2019

Acceptat: 27/02/2019

El libro de Reiner Tosstorff, *The Red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937*, publicado en inglés por primera vez en 2016 con Brill y en una nueva edición de tapa blanda con Haymarket Books en 2018, representa un estudio único sobre una organización hasta ahora poco conocida. Tosstorff, profesor en la universidad de Mainz, es un experto en la historia de la izquierda y el movimiento obrero europeo en el periodo de entreguerras, destacando entre su larga lista de publicaciones su libro sobre el POUM en la revolución española.

La Internacional Sindical Roja (ISR, en inglés RILU), también llamada Profintern por su acrónimo ruso, fundada en 1921 y disuelta en 1937, fue uno de los múltiples frentes que surgieron en torno a la Internacional Comunista en sus años formativos. La ISR estaba llamada a agrupar a los sindicatos afines a la Comintern, y jugó un papel importante en la conquista de un sector del movimiento obrero mundial al comunismo. A este frente podríamos añadir las internacionales de mujeres, campesinos y juventudes, creadas entre 1919 y 1923.

Hasta la aparición del libro de Tosstorff, la literatura específica sobre la ISR era prácticamente inexistente. En general, los historiadores que aludían a esta organización, casi siempre de pasada, la presentaban como un mero satélite de la Comintern, sin autonomía o vida propia, establecida con el objetivo oportunista de hacer de señuelo para el activismo sindical. La historiografía tradicional hacía hincapié en el deseo de la Comintern de ganarse a sectores del anarcosindicalismo y del sindicalismo revolucionario, y, según esta interpretación, concibió a la ISR como un paso intermedio para vencer sus reticencias hacia los partidos comunistas.<sup>1</sup> Hay algo de verdad en esta percepción, la ISR

1. Véase sobre todo: THORPE, W. *The Workers Themselves: Revolutionary Syndicalism and International Labour, 1913-1923*. IISH. Amsterdam, 1989, 125-194.

surge en la órbita de la Comintern, y contribuyó a atraer a numerosos libertarios al comunismo. Pero esta versión tradicional no deja de ser bastante somera. Tosstorff ofrece una visión mucho más sofisticada, matizada y detallada del desarrollo de esta organización, apoyándose en una gama extraordinariamente amplia de fuentes. Entre éstas, destacan los fondos de la ISR del Archivo Ruso de Historia Político-Social (RGASPI) de Moscú. Además de esclarecer muchas dudas sobre la ISR, este libro ha de ser visto también como un estudio de caso sobre la Comintern, una institución gigantesca y compleja que tuvo un papel destacable en el período de entreguerras, y a la que la historiografía probablemente no ha prestado la atención que se merece. Aunque el campo de estudios sobre el comunismo global ha fructificado en las últimas décadas, se ha prestado relativamente poca atención a la Comintern, la encarnación organizativa del internacionalismo bolchevique.<sup>2</sup> Los estudios que han ido surgiendo suelen ser generalistas, cubriendo sus casi veinticinco años de existencia y ofreciendo, a pesar de sus méritos e importantes hallazgos, una visión inevitablemente panorámica.<sup>3</sup> Para avanzar, el campo exige estudios de caso como el de Tosstorff, centrados en frentes, secciones y biografías específicas de la Comintern que nos permitirán ir reconstruyendo la vida de esta organización en toda su amplitud.

Tosstorff cuestiona que la ISR fuera creada como un mero artificio del Kremlin. El libro comienza con una prehistoria de la organización, que se remonta a los debates en el seno del sindicalismo ruso en 1917. Ya en el verano de ese año, en el fragor de la revolución, empezó a cuajar la idea entre el activismo obrero bolchevique de relanzar una nueva internacional sindical para hacer frente al colapso de la vieja Federación Internacional de Sindicatos (asociada a la socialdemocracia), paralelamente a la batalla emprendida en Zimmerwald por la izquierda disidente opuesta a la guerra. Ya entonces se empezaba a entrever la polémica sobre la relación de esta hipotética internacional de sindicatos con los partidos políticos. Mientras algunos bolcheviques, como Grigory Tsiperóvich, imaginaban una organización independiente, Lenin, Zinóviev y la plana mayor del partido rechazaban la división entre el movimiento político y sindical típica de la socialdemocracia, queriendo volver al modelo de la Primera Internacional que agrupaba tanto a partidos como a sindicatos.

2. Sobre la historia global del bolchevismo, véanse por ejemplo: PRIESTLAND, D. *Bandera roja: historia política y cultural del comunismo*. Crítica. Barcelona, 2010. SERVICE, R. *Camaradas: breve historia del comunismo*. Ediciones B. Barcelona, 2009. SMITH, S. *The Oxford Handbook of the History of Communism*. Oxford. University Press, Oxford, 2014. PONS, S. *La rivoluzione globale: storia del comunismo internazionale, 1917-1991*. Einaudi. Roma, 2012.
3. MCDERMOTT, K. & AGNEW, D. *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin*. Red Globe Press. Basinstoke, 1996. REES, T. & THORPE, A. *International Communism and the Communist International, 1919-1943*. Manchester University Press. Manchester, 1998. WOLIKOW, S. *L'Internationale communiste (1919-1943): le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la révolution*. L'Atelier. Paris, 2010.

En los años sucesivos el proyecto de la internacional sindical pasó a un segundo plano ante los desafíos y dificultades de la Guerra Civil y en el contexto de asedio y aislamiento casi total en el que se encontraba la República soviética. Asimismo, los cataclismos revolucionarios que sacudieron Europa en 1918-1919 generaron la ilusión una rápida caída del capitalismo en todo el mundo. A ojos de los bolcheviques, pues, la tarea era formar soviets dirigidos por comunistas que pudieran encabezar el proceso revolucionario; los sindicatos fueron relegados a la práctica irrelevancia. Este era el estado de ánimo prevalente en el primer congreso de la Comintern en marzo de 1919 (en el que la participación extranjera fue escasísima debido al bloqueo).

Sin embargo, explica Tosstorff, la cuestión sindical vuelve a salir a la palestra en 1920. El fracaso de las revoluciones en Europa Central junto a la rápida recuperación del sindicalismo socialdemócrata convierten al sindicato en una de las principales trincheras en la pugna con el reformismo. La Federación Sindical Internacional (FSI), con sede en Ámsterdam y de carácter socialdemócrata, resurge con fuerza tras su larga hibernación durante la guerra. La cuestión sindical protagoniza gran parte de los debates del segundo congreso de la Comintern en julio de 1920. Se retoma la idea de lanzar una internacional sindical revolucionaria como muro de contención contra la FSI reformista de Ámsterdam. Al mismo tiempo, los bolcheviques desean granjearse el apoyo del anarcosindicalismo, que en muchos países (como España) cuenta con un arraigo importante en la clase obrera. Numerosos anarcosindicalistas europeos y americanos asisten en Moscú al congreso de 1920, donde exigen la creación de una internacional sindical independiente de los partidos políticos. De nuevo reflexionando sobre las experiencias de la Primera y la Segunda Internacional, Lenin quiere evitar la actitud intolerante de los socialdemócratas hacia los libertarios, que llevó a su expulsión de la Segunda Internacional en 1896. Al mismo tiempo, el anarquismo adquiere una importancia creciente al agravarse la tensión entre los bolcheviques y la izquierda socialdemócrata, que vacila entre Ámsterdam y Moscú. Los libertarios son usados como un ariete en la polémica contra los "centristas de izquierda". En este sentido, Tosstorff destaca el caso italiano, donde la USI anarcosindicalista es usada en Moscú para ejercer presión sobre la CGL socialdemócrata. La ISR, que empieza a tomar forma en 1920 y será fundada oficialmente en julio de 1921, responde por un lado al desafío del movimiento obrero socialdemócrata y por otro al deseo de seducir al anarcosindicalismo.

Es notorio el análisis comparativo que hace Tosstorff de las reacciones anarcosindicalistas a la Revolución rusa, que le permite poner en tela de juicio la explicación empírica que hasta ahora daba la historiografía para explicar el enamoramiento de muchos libertarios con el comunismo autoritario de Lenin en los primeros años de la revolución. La historiografía tradicional explicaba que este flechazo fue fruto de un mero malentendido por la falta de noticias fidedignas sobre el carácter real del régimen soviético. Para Tosstorff, los factores políticos quizás tengan más peso que el supuesto desconocimiento anarquista de la naturaleza de la URSS. Señala en concreto la posibilidad de aprovecharse del entusiasmo que la Revolución de octubre genera entre sectores del obre-

rismo, postulándose los anarquistas como adalides del bolchevismo. El surgimiento de partidos comunistas entre 1918-1921 en toda Europa acaba bloqueando esta posibilidad, y prepara el giro anti-comunista del anarquismo. Este giro sucede antes en países donde los partidos comunistas o filocomunistas aparecen más temprano (como Suecia o Alemania, en 1917-1918) y más tarde allí donde los partidos comunistas tardan más en formarse (Italia, España o Portugal, en 1920-1921). Tosstorff hace valer su erudición sobre España en la sección sobre la CNT, que merece un lugar destacado en la historiografía sobre la confederación en los años 1917-22.

La fundación de la ISR en 1921, a la que Tosstorff dedica el grueso del libro, está plagada de dificultades. Por una parte, las tensiones latentes entre libertarios y comunistas salen a la luz, sobre la dictadura del proletariado y, sobre todo, sobre el grado de autonomía de los sindicatos frente a los partidos comunistas, y en torno a la estrategia de los revolucionarios ante los sindicatos reformistas de masas, que los bolcheviques buscan penetrar y conquistar desde dentro, mientras que los anarquistas pretenden desafiar desde afuera creando centrales revolucionarias minoritarias (si bien en España, donde la CNT en este momento es mucho más grande que la UGT, este debate tiene poca relevancia). Los esfuerzos de comunistas con un pasado anarcosindicalista como Alfred Rosmer, Víctor Serge o el propio Andreu Nin (delegado cenetista en Moscú en 1921) no conseguirán limar del todo las asperezas entre bolcheviques y libertarios. Pero este conflicto no es el único problema de la joven ISR. Tosstorff estudia también la disputa entre los bolcheviques y el "centrismo de izquierdas" por un lado y con la "ultraizquierda" comunista por el otro sobre la cuestión sindical. Y en el mismo seno del Partido bolchevique hay divergencias. Cabe enfatizar, como señala Tosstorff en sus conclusiones, el papel que tiene el entusiasmo generado por la Revolución rusa para ofuscar las divergencias ideológicas en el campo anticapitalista y aglutinar la amalgama tan incongruente de comunistas, socialdemócratas, anarquistas y radicales de todo tipo que caracteriza la primera etapa de la Comintern (y la ISR). En la medida en que este entusiasmo se va disipando con las derrotas del movimiento obrero mundial a partir de 1921, van agravándose las tendencias centrífugas y las diferencias doctrinales adquieren más importancia.

La ISR en su fase formativa tiene dos almas, Solomón Lozovsky y Mijaíl Tomsy. El primero se muestra intransigente e intolerante y desea ligar sólidamente la ISR a la Comintern, el segundo es más flexible y diplomático, sobre todo ante los anarquistas, y es partidario de una mayor autonomía para la nueva organización. Su pugna refleja la batalla que está teniendo lugar en el Partido bolchevique sobre la independencia de los sindicatos rusos, en la que Tomsy es partidario de separar partido y sindicatos y se acerca a las posturas de la Oposición obrera. Esta batalla llevará al ostracismo de Tomsy y permitirá a Lozovsky hacerse con el control de la ISR en 1921. En este sentido, como se deduce de las investigaciones de Tosstorff, es destacable la importancia de cada dirigente individual en la edificación de la Comintern y sus frentes. La Comintern y la ISR se crearon con pocos medios, a trompicones y en un contexto convulso y difícil (pero de enorme optimismo). Los bolcheviques estaban faltos de cuadros y en su propio partido

había divergencias importantes. La Comintern carecía en 1919-1921 de una maquinaria centralizada o de un criterio ideológico rígido. La selección de cuadros a menudo era improvisada y los dirigentes contaban con la independencia y autoridad para marcar al movimiento con su propio sello.

En la medida en que Lozovsky trata de superar la heterogeneidad de la ISR imponiendo un criterio único, los grupos más díscolos de anarquistas por un lado y “centristas de izquierda” por el otro irán desgajándose del proyecto, especialmente ante el panorama de derrota y desánimo al que se enfrenta la izquierda europea a partir de 1921-1923, cuando sufre serios reveses y ha de pasar a la defensiva. Para su segundo congreso en 1922, la ISR resulta una organización más gris y pobre. Cada vez devendrá más dependiente de la Comintern, y el viejo modelo socialdemócrata de subordinación de los sindicatos a los partidos se irá imponiendo también en el comunismo. Tosstorff de nuevo demuestra una gran maestría en su estudio comparativo del giro anti-bolchevique del anarcosindicalismo (centrándose sobre todo en Europa), que él vincula al enfrentamiento que se desata en muchos países entre los libertarios y los nuevos partidos comunistas en un ambiente de crispación e incertidumbre en la izquierda.

Los últimos capítulos del libro trazan el proceso de rápida osificación de la ISR. Los intentos de establecer un frente único con los socialdemócratas en 1922-1923 atenúan la personalidad de la ISR en muchos países, donde los comunistas tratan de reconciliarse con sus adversarios en el mundo sindical haciendo concesiones y participando en centrales afiliadas a la FSI. A pesar de ello, el frente único no consigue grandes éxitos, y mina la moral y la autoestima de la organización. Una nueva luna de miel con la FSI en Gran Bretaña en 1924-26, y un giro a la izquierda de su dirección bajo Albert Purcell, abre incluso la posibilidad de liquidar una ISR en constante crisis de identidad. La proyección de las luchas fraccionales del Partido bolchevique dentro de la ISR también generan una crisis seria, tanto en su dirección en Moscú como en sus distintas secciones. La expulsión de Andreu Nin, un cuadro dirigente fundamental y mano derecha de Lozovsky, será especialmente grave y desmoralizante. Muchos de los fundadores de la ISR terminarán a finales de los años 20 fuera de la organización, en el bando anti-estalinista. La ISR recibirá un nuevo e inesperado impulso con el tercer período que enfrenta duramente al comunismo con la socialdemocracia, pero esta ofensiva le acabará suponiendo un fuerte desgaste político y organizativo. La ISR estalinista es instrumentalizada por el Kremlin, usándola, en palabras de Tosstorff, como “moneda de cambio” en su política exterior y erosionando enormemente su vida interna. La lenta muerte de la ISR es comparable (y está relacionada) a la eliminación de la poca autonomía que les quedaba a los sindicatos soviéticos en el ocaso de la Nueva Política Económica. A partir de 1934, el nuevo intento de acercamiento entre comunistas y socialdemócratas en el marco de los Frentes Populares (y de la URSS con las democracias Occidentales), que tiene también una expresión en el mundo sindical con la fusión de las centrales de Ámsterdam con las de Moscú, será el colofón que llevará a la liquidación definitiva de la ISR en 1937. Servirá de preludeo para la eliminación de la Comintern en 1943.

El libro de Tosstorff es una ópera magna no sólo de la historiografía sobre la ISR sino sobre la Comintern en general y una referencia obligatoria para cualquiera que desee investigarla a fondo. Tal vez su único defecto es su estilo eminentemente descriptivo, que rara vez se aventura a teorizar o a empujar sus hallazgos más allá del plano empírico. En los pocos momentos en los que lo hace, por ejemplo en sus observaciones sobre la ruptura de los anarquistas con los bolcheviques, y en sus conclusiones finales, muestra el enorme potencial teórico de su estudio. Pero no hay duda de que futuras obras tomarán las investigaciones de Tosstorff como un punto de apoyo imprescindible para la discusión teórica sobre el auge, desarrollo y declive de la Comintern.